

ISABEL MARÍA
ABELLÁN

EL SILENCIO
PERTURBADO



Ediciones
Irreverentes

Ganadora del III Premio
Internacional Vivendia de Relato

ISABEL M^a ABELLÁN

EL SILENCIO PERTURBADO

GANADORA DEL III PREMIO
INTERNACIONAL VIVENDIA DE RELATO

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Isabel María Abellán
De la edición: © Ediciones Irreverentes
Diciembre de 2008
Ediciones Irreverentes S.L.
editor@edicionesirreverentes.com
ISBN: 978-84-96959-23-1
Depósito legal:
Diseño de la colección: Absurda Fábula
Imprime: Publicidisa
Impreso en España.

A MI MADRE

Mi madre era dulce
Como un amanecer en verano.
La recuerdo como el mar verde,
Con los ojos mojados por las lágrimas.

EL SILENCIO PERTURBADO

Se sentó en medio del jardín y contempló el paisaje desolado. Durante toda la noche el viento había aullado entre las rendijas de la vieja casa. Aquella noche permaneció sentada en la cama, sin saber qué hacer. Ella había elegido aquella casa en medio de la montaña, solitaria. La había buscado porque deseaba el silencio y la paz de los árboles. Aquel jardín poblado de viejos castaños, de austeros cipreses, aquel era su lugar. Su marido estaba fuera durante largas temporadas, a él le gustaba su casa de la ciudad, en medio del barrio antiguo, próxima a todo. Pero a ella, los sonidos incesantes de la calle, la vida que no dejaba de circular al otro lado de las ventanas, la habían terminado de convencer de su soledad sin límites.

Cada vez que él regresaba la distancia se hacía mayor. Aquel mundo lejano, repleto de reuniones de trabajo, de gente siempre diferente, de ambientes densos de humo y largas conversaciones; el sonido del mundo exterior asediaba su vida solitaria. Su tristeza ya no era un secreto para los que la conocían desde hacía largo tiempo. Por eso un día se lo confesó al tendero.

—Me quiero ir de aquí.

El hombre la contempló en silencio. ¿Cuántos años se conocían? Desde que ella se casó y se mudó a aquella casa del centro. Se acordaba de las primeras veces, cuando ella, recién llegada a aquel barrio lo preguntaba todo, desde cómo ir a algún lugar distante, hasta cómo cocinar cualquier plato para ella desconocido. Era una mujer cercana. El tendero era ya un hombre viejo. Por eso sintió pena, porque aquella mujer todavía era demasiado joven para estar tan sola, casi siempre la soledad viene cogida de la mano de la edad.

El viento había arrancado una rama del castaño, la más grande, a la que ella se subía de vez en cuando para ver el paisaje que había al otro lado del muro que cercaba el jardín. También había arrancado todas las hojas de los árboles frutales. Los árboles se habían desnudado en plena primavera, era como si de golpe hubiera llegado el otoño. El sonido del teléfono la sobresaltó, corrió hacia la casa. Era la voz de la chica sudamericana que venía a limpiar los martes, ella cerró los ojos, por un instante había pensado que podría ser él. El viento huracanado de la noche anterior era noticia en todos los medios de comunicación y ella sabía que lo primero que él hacía al levantarse por la mañana era leer la prensa. La chica sudamericana sollozaba.

—Señora, llamo para disculparme. No voy a poder volver a su casa, su marido ya le habrá contado por qué.

Ella no sabía qué decir. ¿Qué había pasado?

—Son los duendes señora.

La chica empezó a llorar, intentaba hablar pero el llanto la interrumpía. Ella esperó, la dejó llorar.

—Señora, han entrado en su casa y ya no se van a ir. Cuando lo hacen se quedan allí para siempre. Saben que usted vive sola y a ellos les gusta las casas donde hay silencio y pueden estar a sus anchas, por eso nunca están donde hay niños.

Ella guardaba silencio. ¿Duendes? ¿Qué son los duendes? ¿Qué era lo que le tenía que contar su marido?

—¿A usted no le han hecho nada todavía? A mí me tiraban siempre del pelo cada vez que subía a la terraza a tender la ropa. Al principio no les hacía caso. En mi país trabajé en una casa que también tenía duendes y me acostumbré a que me tiraran de las trenzas. Pero las últimas veces fueron más lejos, empezaron a susurrar mi nombre

cada vez que abría la puerta de la terraza, yo les gritaba y les decía que se marcharan y me dejaran en paz, pero entonces se reían y el sonido de su risa me helaba la sangre en las venas. Además, ya no están sólo en la terraza, están por toda la casa. El otro día, cuando bajaba de la terraza con el cesto de ropa me empujaron por las escaleras. Quieren matarme. Por eso no puedo volver, no les gusto, creo que no quieren que haya nadie más en la casa.

—¿Por qué no me has contado nada de todo esto?

La chica ya no lloraba, ahora parecía tranquila.

—Usted está contenta en esa casa. Se pasa las horas en el jardín, arreglando sus flores, siempre me sonrío al verme llegar. En la casa de la ciudad usted estaba distinta, parecía ausente. Por eso me daba pena contarle lo que me estaba pasando, además, es posible que a usted no la molesten nunca, da la impresión de que pertenece a ese lugar. Pero yo soy para ellos una extraña y mucho me temo que su marido también. Cuando él vino yo se lo conté todo, pero él se echó a reír, no le dio importancia. ¿Sabe? Eso me preocupa, si los duendes se enfadan con alguien pueden ser vengativos.

—¿Cuándo viste a mi marido?

—El martes pasado. Yo estaba en la cocina bebiendo un vaso de agua, me acababa de pasar lo de la escalera. Usted se había marchado al pueblo a hacer la compra, fue entonces cuando escuché el sonido de un coche entrando en el jardín, pensé que era usted que regresaba y salí corriendo para contarle lo que me había pasado. Pero era su marido. No pude evitarlo señora, estaba tan nerviosa que se lo conté todo a él. Entonces él me dijo que me acercaba al pueblo, así podía coger el autobús que va directo a la ciudad y no tendría que esperar al que pasa por aquí y que tarda tanto en hacer su recorrido. Yo le dije que no se molestara, que me gustaba esperar a que usted

regresara, pero él me comentó que tenía que ir de todas formas al pueblo porque quería dejar el coche en el taller. Regresaría dando un paseo, así le daría a usted una sorpresa.

Cuando colgó se sentó en la silla baja que había junto a la mesita del teléfono, miró la amplia habitación, era su lugar preferido, tenía amplios ventanales desde donde se podía contemplar el jardín. En los días de sol, los rayos entraban e invadían toda la estancia, llegaban hasta la escalera que subía a los dormitorios. Aquel era el lugar donde ella siempre estaba, le gustaba tumbarse a leer en el sofá, dejaba las ventanas abiertas para escuchar el sonido del viento entre los árboles, ellos eran su única compañía. En aquel lugar era feliz.

Pero aquella llamada la había entristecido, pensó de nuevo en el castaño mutilado y en los árboles desnudos. C cogió el teléfono y llamó a su marido. Necesitaba saber por qué no la esperó el martes pasado. Aquel día ella se entretuvo más de la cuenta, tuvo que ir al banco para solucionar ciertos detalles de la venta de la casa de la ciudad. Si él quería darle una sorpresa podría haber esperado un poco más, aunque quizá tuvo que regresar al trabajo, pero, en cualquier caso, podría haberle dejado una nota diciéndole que había estado allí o haberla llamado más tarde. También quería comentarle lo que le acababa de decir la chica sudamericana. Los duendes, sonrió con amargura. La secretaria cogió el teléfono.

—Cuánto tiempo sin oír tu voz. ¿Por qué no vienes de vez en cuando por aquí? Podríamos salir de compras, ir al cine, no sé, hacer las cosas que hacíamos antes.

La secretaria era una vieja amiga, antes salían juntas, se llamaban con frecuencia. Fue ella la que dejó pasar el tiempo y olvidó las viejas costumbres.

—¿Tu marido?

Al otro lado se hizo el silencio, quizá un silencio incómodo.

—Hace días que no viene por aquí. El último día comentó que estaba cansado, que se iba a vuestra casa de la montaña porque necesitaba unos días de reposo, me dijo que le apetecía disfrutar contigo de la nueva casa. Ya sabes que nunca tiene tiempo para estar en ningún sitio.

Colgó el teléfono. A pesar del sol radiante de aquella mañana de primavera el día se había vuelto sombrío. Se estremeció al recordar las palabras de la chica sudamericana. «Creo que no quieren que haya nadie más en la casa». Subió con lentitud las escaleras, recorrió los dormitorios del primer piso, todo permanecía quieto. Se dirigió entonces hacia la parte superior de la casa, donde estaba la terraza, desde allí se podía contemplar el valle y la ciudad y las montañas que había al otro lado. Abrió la puerta y salió a la terraza, el viento mecía la ropa tendida, contempló aquel paisaje con la ciudad al fondo, fue entonces, cuando iba a apoyarse en el muro de la terraza, cuando sintió un tirón en el pelo. Se volvió sobresaltada, no había nadie, había sido en un mechón pequeño, había sentido el dolor agudo de un tirón fuerte. Sin embargo, nadie susurraba su nombre, pensó que todo era pura sugestión. Bajó de nuevo las escaleras, lo hizo agarrada con fuerza a la barandilla, por si alguien la empujaba por detrás. No tenía miedo, sólo rabia por creer en lo absurdo. Salió al jardín y se sentó de nuevo en el césped. Había cogido del cajón de su mesilla de noche el teléfono móvil. Nunca lo utilizaba, a él no le gustaba que lo llamara a ese teléfono porque a veces había interrumpido una reunión importante de trabajo, casi siempre era él el que la telefoneaba y lo hacía a la hora de la cena, a veces antes de irse a la cama. Pero desde hacía más de una semana, después de la discusión por la venta de la casa de la ciudad, él no la había llamado y ella no había querido dar el pri-

mer paso. Esperó con impaciencia su llamada, cada noche se arrepentía de su terquedad, pero necesitaba que fuera él el que cediera esta vez. ¿Hasta cuándo podría resistir sin escuchar su voz?

Marcó su número de teléfono y esperó con el corazón latiendo fuerte. El teléfono daba tono, aquello era buena señal, no debía estar en ninguna reunión importante. De pronto apartó el móvil de su oído, ¿qué era aquello? Miró alrededor, estaba escuchando el sonido de un teléfono. Él estaba allí, porque el sonido llegaba nítido, aunque muy distante. Se levantó y escuchó, la llamada sonaba en el interior de la casa. Pensó de pronto que quizá pudo dejarse el teléfono la última vez que estuvo allí. Pero también pensó en los duendes y en que quizá estuvieran jugando con ella, pero entonces sintió más rabia. Sin colgar el teléfono se dirigió hacia la casa, el sonido seguía siendo distante, pero no había duda, provenía del interior. Empujó con cuidado la puerta de la casa, siempre estaba entornada. Miró hacia la izquierda, donde estaba la puerta que bajaba al sótano. El sonido venía de aquel lugar. Se apoyó en el quicio de la puerta, estaba aterrada. Su marido nunca bajaba al sótano para nada, ni siquiera sabía muy bien qué era lo que ella guardaba allí, tan sólo cosas viejas que se había traído de la otra casa y que aún no sabía qué iba a hacer con ellas. Se acercó a la puerta del sótano, estaba cerrada con llave. Fue hasta la caja donde colgaban todas las llaves de la casa. La mano le temblaba cuando la introdujo en la cerradura. Entreabrió la puerta, el sonido era ahora más intenso. La escalera descendía hasta perderse de nuevo en la oscuridad. Recordó entonces que no habían puesto todavía un interruptor que les permitiera encender la luz del sótano desde arriba. Bajó lentamente las escaleras, al final había un rellano pequeño, la puerta del sótano estaba entreabierta, por eso el sonido del móvil se escuchaba desde fuera. Antes de empujar la

puerta para abrirla del todo introdujo la mano y palpó la pared, buscaba el interruptor. Dio un grito. Alguien había pellizcado su mano. La sacó de inmediato y la contempló, no había sido un pellizco, le habían clavado un objeto punzante, por la señal que habían dejado parecía que le habían clavado un destornillador. En la estantería que había apoyada en la pared, junto al interruptor, estaba la caja de herramientas.

—¿Estás ahí dentro?

El teléfono seguía sonando, pero todo alrededor estaba en silencio. Ella empezó a llorar, tenía mucho miedo. De pronto estalló.

—¿Qué le habéis hecho?

Al principio regresó el silencio, pero a lo lejos, en algún lugar del interior de la casa, se inició una risa tenue que lentamente se fue acercando y haciendo más intensa. Eran muchas las voces que reían. Cuando la cercaron se tuvo que tapar los oídos.

—¡Ya basta!

Las risas cesaron. No podía dejar de temblar. Introdujo de nuevo la mano y buscó el interruptor, lo pulsó pero no se encendió ninguna luz, cerró los ojos, se había fundido la bombilla. De nuevo comenzaron las risas.

—¡He dicho que ya basta!

Cesaron de golpe. Abrió lentamente la puerta, por el ventanuco que había en la parte alta de la pared se filtraba la luz del sol llena de polvo, pero fue suficiente, lo pudo contemplar sin que las risas volvieran a molestarla de nuevo. Los duendes le habían sacado los ojos. Estaba echado sobre el colchón viejo que no habían tirado porque pensaron que podían necesitarlo alguna vez, a sus pies, dentro de un viejo jarrón que había bajado a buscar, había un ramo de rosas marchitas. Él había querido sorprenderla con aquellas flores que tanto le

gustaban. Las moscas zumbaban alrededor de las cuencas vacías de sus ojos, ya no sangraban. El teléfono móvil seguía sonando sin cesar. Se acercó lentamente y lo sacó del bolsillo de su americana, luego, se sentó a su lado y de un manotazo ahuyentó a las moscas. Ahora, otra vez, todo volvía a estar en silencio.

LA IGLESIA

Estaba todo en silencio. Abrí la ventana y entró el aire frío y lleno de humedad de aquella noche de otoño, los días se desvanecían ahora con demasiada rapidez. Había llegado a aquel pueblo remoto poco antes de la hora de comer. Sentada en un banco junto a la iglesia estaba mi casera, me acompañó a mi nueva casa, estaba a escasos metros de donde ella me esperaba. Contemplé en silencio aquellas inmensas habitaciones, una bocanada de aire helado nos había salido a nuestro encuentro al abrir la puerta. Era la tercera planta del edificio, la última. Recuerdo que le dije por teléfono que prefería un piso alto, le expliqué que era para aprovechar durante más tiempo la luz del día, ella guardó silencio un momento, luego me recordó que en aquel edificio no había ascensor. No importa, le respondí.

Me ayudó a encender la estufa de butano que había en el comedor, en el dormitorio había otra, sólo dos en aquella casa de largos pasillos. Antes de irse encendió el televisor. «No debe apagarlo hasta que se vaya a dormir, acompaña mucho cuando se está sola». Al decir aquello nos miramos en silencio, fue un instante fugaz de complicidad. Antes de marcharse me preguntó cuándo iba a comenzar a trabajar.

–Depende de cómo encuentre mañana la consulta.

–Yo puedo ayudarla a ponerlo todo en orden.

Cuando se fue me apoyé en la ventana y contemplé la calle desierta. En los pueblos de montaña, en cuanto el sol se oculta detrás del elevado horizonte, la vida desaparece, empiezan a encenderse luces al otro lado de las ventanas y el aire se llena del aroma a leña quemada que se esparce lentamente desde todas las chimeneas. Es la

noche que se acerca. Demasiado pronto quizá cuando todo alrededor está sumido en el silencio profundo.

Cerré los ojos y aspiré la intensidad de aquella noche envuelta en el olor a madera. Luego miré el cielo, lo habían invadido miles, millones de estrellas. ¿Dónde habían estado antes las estrellas?

En ese instante algo me hizo apartar la mirada del cielo. Se había encendido la potente luz que había sobre la puerta de la iglesia, había sido sólo un momento, luego, se había vuelto a apagar. Me quedé contemplando aquella puerta sin entender, la casera me había explicado que a la iglesia del pueblo le había pasado lo mismo que a la consulta, desde que se jubiló el último sacerdote, hacía ya varias semanas, nadie había vuelto a abrir sus puertas. Desde entonces el pueblo estaba a la deriva, me dijo, sin médico y sin sacerdote.

Cerré la ventana y me fui a la cocina, aún me quedaban allí paquetes de comida sin desempaquetar. Al pasar junto al televisor bajé el volumen, pero no lo apagué. Estaba entretenida guardando en los armarios paquetes de comida cuando escuché el sonido de una campana. Me quedé quieta en mitad de la cocina. Fui de nuevo hasta la ventana del comedor y contemplé aquel edificio envuelto en el silencio de la noche, miré hacia el campanario, todo estaba negro. Sin embargo, en ese instante se encendió una luz en la casa donde había vivido el sacerdote, contemplé la silueta de un hombre al otro lado de los visillos, parecía corpulento. Pensé que aquello era una rara coincidencia, el mismo día, la consulta y la iglesia del pueblo habían dejado de estar vacantes. Sin embargo, recordé que la casera me había dicho que nadie había querido venir a ocuparse de aquella parroquia perdida en la montaña.

Volví a la cocina. En ese instante la campana de la iglesia repicó levemente. Fueron breves golpes suaves, como si el viento la meciera.

ra y la hiciera sonar a su pesar. Pero la noche estaba tranquila, sin viento. De pronto, un tañido seco y rotundo rompió el silencio. Corrí al comedor y contemplé de nuevo el campanario, no podía ver nada, todo estaba a oscuras. Pero esta vez no había sido el viento porque la calma era total, todo estaba quieto, ni siquiera las hojas caídas de los árboles se movían.

Miré las casas que rodeaban la iglesia, no había luz en ninguna ventana, por alguna extraña razón aquella parte del pueblo estaba deshabitada. Me senté un instante, un antiguo temor empezó a cercarme. Otra vez, como entonces. Me inquietaban aquellas campanas que se quejaban en medio de la noche, y sobre todo, aquella silueta corpulenta que había visto durante un instante al otro lado de los visillos. La noche ya no me pareció envolvente y silenciosa, tampoco las estrellas brillaban con la intensidad de antes. Descolgué el teléfono para llamar a mi casera. No daba tono. Sin embargo, mientras me enseñaba la casa, ella lo había descolgado y delante de mí había comprobado que funcionaba perfectamente. Cogí el móvil y marqué su número, pero recordé entonces que en aquel pueblo no había cobertura, me lo habían advertido el día en que supe que aquel era mi nuevo destino.

Me senté en el sofá y subí el volumen del televisor. Estuve un rato allí sentada, sin saber exactamente lo que estaba contemplando, allí enfrente había imágenes y gente que hablaba, eso era suficiente. Hasta que un resplandor intenso iluminó la noche. Despacio, me acerqué de nuevo a la ventana, había cerrado los cristales para intentar alejar el sonido de las campanas, pero no había imaginado que de nuevo se encendería el potente foco de luz que había sobre la puerta de la iglesia. Contemplé la calle iluminada por aquella intensa luz, pero no era la única, todo el templo estaba ahora iluminado por den-

tro, a través de las cristaleras una luz tenue, salpicada de múltiples colores, se derramaba por la pequeña plaza que rodeaba el edificio.

Apoyé la frente en los cristales. Recordé entonces el consejo que mi padre me dio cuando de pequeña me daba miedo abandonar la sala de estar donde estábamos todos y salir al pasillo negro para ir hasta la cocina. Me dijo aquel día: quédate quieta y míralo de frente, no echés a correr, porque entonces el miedo se introduce dentro de ti y termina por dominarte.

Bajé lentamente las escaleras de aquellos tres pisos y salí a la calle. Sentí el frío seco de la montaña en la cara y en las manos, me subí el cuello de mi chaquetón y metí las manos en los bolsillos. Miré a mí alrededor, definitivamente aquel lugar estaba deshabitado. Avancé lentamente hasta la puerta principal de la iglesia, busqué en el muro, pero allí no había ningún timbre al que poder llamar, golpeé la puerta, pero la madera era tan gruesa que amortiguaba el sonido, lo intenté de nuevo con más intensidad. Escuché en el silencio de la noche el eco de mis golpes en el interior del templo. En ese instante se apagó el potente foco que había sobre la puerta y se oscurecieron los ventanales. Aquel desconocido y yo estábamos solos en mitad de la noche. Él estaba al otro lado, no demasiado lejos, porque había escuchado mis golpes en la puerta y había apagado repentinamente todas las luces. Sonreí al recordar a mi padre, me había enfrentado a mi propio terror y al hacerlo el miedo se había alejado, tal como él me dijo.

Rodeé la iglesia y me fui directa al lateral donde se levantaba la casa del sacerdote. Aquel edificio era el que yo contemplaba desde mi ventana, allí, en la primera planta, era donde había visto aquella silueta cruzar fugazmente detrás del cristal. La puerta de la casa sí tenía timbre, lo pulsé y el sonido metálico golpeó con dureza el silencio de la calle desierta. Pegué el oído a la puerta, pero no escuché unos

pasos que se acercaran para abrirla. Presioné con fuerza el timbre y mantuve el dedo un buen rato. Nada, sólo silencio. Cansada, me apoyé en la puerta y entonces ésta cedió con suavidad. Al otro lado de aquella puerta entornada todo estaba negro, como aquel pasillo infinito de mi infancia.

Empujé y la puerta se abrió del todo. Me resultaba imposible controlar el temblor de mi mano, pero aún así busqué el interruptor y lo pulsé. Una larga escalera surgió entonces delante de mí. Al final había otra puerta, también estaba cerrada.

No sé qué fuerza extraña me hizo subir aquellas escaleras y entrar en aquella estancia oscura y fría. ¿Por qué era tan fácil entrar en aquel lugar?



Encendí la luz y me senté en un sillón de alto respaldo, contemplé aquel austero despacho. En aquella amplia habitación no había más muebles que aquella mesa de madera oscura y un par de sillas. Eso era todo. No había estanterías en las paredes, ni cuadros, sólo un silencio frío bajo aquella luz pálida que iluminaba con tristeza la habitación desnuda. La mesa no tenía cajones, nada donde guardar un libro, papel, bolígrafos. Sin embargo, aquel sitio había sido utilizado como escritorio no hacía mucho tiempo, porque en el suelo, bajo la ventana ahora cerrada, había un jarrón con flores secas.

Me levanté y abrí las contraventanas de madera. El frío seco de la montaña entró con ímpetu en la habitación. Me volví y contemplé de nuevo la habitación, fue entonces cuando recordé aquel comentario de mi casera. Me dijo que el pueblo había organizado una fiesta para despedir al anciano sacerdote. Era un hombre muy querido por

todos, había llegado muy joven a aquel lugar y nunca lo había abandonado. Con el tiempo llegó a ser uno más. Vestía con pantalones de pana gruesa y protegía su cabeza con la misma boina negra que los demás hombres. Era de baja estatura, afable, amante de la conversación y, sin embargo, poco dado a soltar sermones.

No acudió a su propia despedida. Nadie en el pueblo lo pudo entender. Al principio se organizó todo como una sorpresa, pero después, en el único bar del pueblo, donde el sacerdote jugaba su partida de dominó con sus compañeros de siempre, él mismo fue dejando caer pequeñas insinuaciones que delataban que estaba al tanto de lo que le preparaban sus parroquianos. Parecía ilusionado con aquella fiesta que pretendía ser una sorpresa. Por eso, su ausencia en un día tan especial no fue comprendida por nadie. Desde entonces no habían vuelto a saber de él.

En aquella habitación había dos puertas, una estaba detrás de aquella mesa, la otra, en la pared que había enfrente de la ventana, por esta última puerta se debía acceder a la iglesia. Me decidí por la que me pareció que me llevaría al resto de las estancias de la vivienda. Pensé, no sé por qué, que la persona que me estaba dejando entrar con tanta facilidad en aquella casa, querría que continuara avanzando por la vivienda del sacerdote. O quizá fui yo la que intuía que en aquellas habitaciones encontraría la respuesta a aquellas solitarias campanadas, a aquellas luces que se apagaban y se encendían misteriosamente para llamar mi atención.

Entré en la habitación de los visillos en la ventana, la que yo había visto iluminada desde mi casa y en la que había visto deslizarse aquella misteriosa silueta. Aquella era la salita de estar, el lugar donde el anciano sacerdote se debía sentar a comer y donde quizá, recostado en el sillón que había junto a la mesa camilla, dormitaba mientras la

televisión seguía hablando y emitiendo imágenes. Aquel lugar era acogedor, había cuadros en las paredes, fotos de amigos o familiares sobre el televisor y otro jarrón de flores marchitas sobre la mesa. Me acerqué al aparador y abrí sus cajones, había cubiertos, servilletas cuidadosamente dobladas, y en la vitrina, vasos, platos de diferentes tamaños, y varias botellas de cristal vacías. Tampoco en aquel lugar había libros ni papel, nada que él pudiera utilizar en aquel solitario despacho. Desde la salita de estar se accedía por otra puerta a la cocina, era muy parecida a la de la casa que yo había alquilado, es más, fijándome un poco comprobé que los muebles eran idénticos, de un material que imitaba a la madera de pino, y los azulejos de la pared eran igualmente blancos con un ribete naranja, una decoración que se puso de moda cuando yo era muy pequeña y que había visto con frecuencia en casa de mis amigas. Aquella semejanza me extrañó en un primer momento, pero después pensé que posiblemente aquella casa también podía pertenecer a mi casera.

Intenté abrir la puerta que había en el otro extremo de la cocina, pero por primera vez tropecé con una puerta cerrada. Aquello me extrañó, no parecía encajar en el plan ideado por la persona que tantas facilidades me había proporcionado para entrar. Sin embargo el desconcierto sólo duró unos instantes. Empecé a buscar por los cajones una llave que encajara en aquella cerradura, no encontré nada, pero cuando me situé de nuevo frente a la puerta para intentar pensar dónde podría estar guardada, la vi sencillamente colgada en un clavo en la pared, junto a los armarios de la cocina. La llave abrió con suavidad la única puerta cerrada hasta el momento. La habitación que había al otro lado estaba a oscuras como todas en las que iba entrando, pero esta vez, al ir a palpar la pared en busca del interruptor, un olor dulzón y penetrante me detuvo. Aún a oscuras

me pareció sentir el humo que envolvía aquel lugar, notaba cómo penetraba por mi nariz. Lo respiré con aprensión, me traía lejanos recuerdos. Aquel aroma me hizo retroceder con velocidad en el tiempo. Aquel olor denso envuelto en humo. Entonces comprendí. Había regresado en mi recuerdo a mis clases de catequesis en la iglesia, no tendría más de seis o siete años. El sacerdote estaba sentado frente a nosotras en una silla baja de madera, las niñas estábamos sentadas en un banco de la iglesia, detrás del sacerdote había muchas velas derritiéndose con lentitud y, de un extraño cuenco, un hilo de humo se elevaba hacia el techo, de él provenía aquel olor que me hacía cerrar los ojos, y que sin saber por qué, me adormecía suavemente mientras la voz grave del sacerdote se alejaba sin remedio. Era incienso, un olor lejano, perdido en aquel laberinto casi olvidado de la infancia.

De nuevo regresó el miedo, noté cómo mi corazón palpitaba con fuerza. Allí, al final de aquel laberinto, estaba la explicación de todos mis terrores infantiles. Todas las niñas escuchábamos al sacerdote mientras conteníamos la respiración, los ojos abiertos como platos, las manos sudorosas a pesar del aire helado que descendía desde el lejano techo hasta nosotras. El sacerdote nos estaba hablando del demonio, aquel ángel que se enfrentó a Dios al principio de todos de los tiempos y que fue condenado a habitar en aquel lugar de eterna penitencia que era El Infierno, el lugar al que nosotras podíamos ir si no decíamos la verdad el día que hiciéramos nuestra primera confesión, el lugar al que iríamos sin remisión si la muerte nos sorprendía en mitad de nuestra vida en pecado mortal, sin habernos podido arrepentir, sin haber pedido perdón a Dios. Al final de aquel oscuro pasillo de mi casa estaba él, en mi imaginación infantil lo veía con toda nitidez con su horrible rabo enroscado, su cuerpo negro y

peludo y aquella mirada felina que parecía sonreír con infinita maldad desde los abismos de la eternidad. El Infierno, aquel lugar sombrío en el que permaneceríamos por siempre jamás, sin posibilidad de huir.

Las manos me volvían a sudar, era todo igual que entonces. En aquella estancia oscura y de olor penetrante, de nuevo el terror. El temblor incontrolado me impedía buscar el interruptor en la pared, el miedo me había dejado paralizada en el umbral de la puerta y mil voces gritaban al unísono dentro de mí que me fuera, que saliera corriendo de aquel lugar. Pero por encima de todas aquellas voces que parecía que iban a hacerme estallar la cabeza, estaba la de mi padre, pausada, serena: «No eches a correr, porque entonces el miedo se introducirá dentro de ti y terminará por dominarte. Quédate quieta y míralo de frente».

El humo cargado de aquel olor dulzón y extrañamente maloliente me atontaba, pero cada vez que inspiraba aire, los latidos de mi corazón se iban apaciguando, así, cinco, diez veces, los ojos muy abiertos, mirando de frente al miedo, sin huir, sin dejar que terminara de entrar del todo dentro de mi y me dominara. Al fin, pulsé el interruptor. De la oscuridad penetrante surgió el dormitorio, al fondo, sobre la pared desnuda, un crucifijo, debajo, la cama, y sobre la cama sin deshacer el cuerpo del anciano sacerdote. Una certeza terrible sacudió mi cabeza y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Estaba muerto, pero, ¿desde cuándo? No podía avanzar, no me atrevía a contemplar de cerca lo que la muerte hacía con los que arrastraba hacia su abismo. Ahora comprendía aquel olor dulzón a incienso. Era consciente de que me había dejado envolver en la trampa que la silueta de la ventana me había tendido. Él quería que llegara hasta el dormitorio y contemplara aquel cuerpo sin vida, pero ¿por qué?

Fue entonces cuando lo vi por primera vez. No soy capaz de saber si ya estaba allí cuando abrí la puerta y quedé detenida en el umbral, o si había accedido al lugar por la puerta medio oculta que había detrás de la gruesa cortina roja que había a mi derecha. En cualquier caso, qué más da. Allí estaba, sentado en un sillón cerca de la mesilla de noche, contemplando sin espanto el cuerpo putrefacto del anciano párroco. Me pareció que sonreía. Al fin giró el rostro y se dignó contemplarme, no parecía interesado en mí.

Se puso de pie y avanzó lentamente hacia donde yo estaba. También era sacerdote, o al menos vestía como tal, pantalón, camisa y chaqueta negra en la que destacaba el alzacuellos blanco, su pelo también era blanco, con mechones muy brillantes y escaso. Sin embargo, a pesar de las apariencias, no parecía un hombre de edad avanzada, al contrario, era corpulento y fuerte y por la expresión de su rostro, un hombre al que ningún obstáculo era un impedimento en su camino.

Una vez a mi lado me contempló fijamente, su rostro estaba ahora repentinamente serio.

—No te asustan las campanadas de una iglesia abandonada en mitad de la noche, ni las luces que se encienden y apagan. ¿Qué es lo que a ti te asusta?

Miró un instante hacia la cama donde yacía el sacerdote muerto y luego clavó en mí su enfurecida mirada, esta vez la aparente serenidad de su rostro había desaparecido, parecía a punto de estallar, sin embargo, el tono de su voz siguió siendo contenido, a pesar de la rabia.

—¿Me puedes decir qué estás haciendo aquí, pobre idiota? ¿Te apetece mirar la muerte de cerca?, ¿te da morbo? Hay muchas chicas malas que se excitan ante un cuerpo descomponiéndose. ¿Te está pasando a ti eso?

Su aliento envolvía mi rostro, cada vez estaba más cerca de mí. De pronto era consciente de lo estúpida que había sido, acababa de estar en la cocina y no había sido capaz de coger siquiera un cuchillo. Pero ante aquel rostro de mirada fría y penetrante creo que no habría sido capaz de reaccionar. Estaba tan cerca de mí que su nariz casi rozaba la mía, pero no estaba dispuesta a huir. De pronto, aquella voz de la infancia repitiendo que nunca, nunca saldríamos del infierno una vez que hubiéramos caído en aquel abismo, me recordó todas las noches temblando de miedo en la oscuridad de mi habitación, llorando en silencio y sin atreverme a llamar a mi madre por miedo a enfadarla, el horror a entrar sola en aquel cuarto de baño que había al final del pasillo de mi casa y el pánico a mirarme al espejo porque estaba convencida que, de detrás de mí, surgiría la espantosa visión de aquel demonio del que, con insistente machaconería, nos hablaba una y otra vez aquel sacerdote durante aquellas tardes tristes de catequesis. Pobre infancia la de aquellas niñas sentadas en el banco de la iglesia, contemplando con los ojos abiertos y la respiración contenida a aquel hombre que disfrutaba asustando nuestras mentes infantiles, que se regocijaba con el miedo que inoculaba en nuestras débiles conciencias. Ahora, aquel lejano sacerdote de mi infancia estaba delante de mí y yo no me iba a alejar de él. No, no iba a salir corriendo como hacía entonces al terminar la catequesis buscando el refugio de mi casa.

Puse mi mano sobre su hombro y lo aparté de mí lo suficiente para poder avanzar y acercarme hasta la cama. Allí contemplé a aquel pobre hombre que se desdibujaba minuto a minuto. ¿Por qué dejarlo allí sin darle sepultura?

El hombre del alzacuellos blanco debió leer mi pensamiento.

—Es el castigo que merece su necio atrevimiento. Nunca debió rebuscar donde no debía y, si al final encontró lo que otros ocultaron